

Pedro Selva

Una epidemia literaria



UN crítico venerable que ejerció profunda influencia en Chile y cuyas cenizas deben, a menudo, estre-mecerse bajo la tierra, dijo entre otras verdades poco alentadoras:

—La Historia de la literatura se compone de una serie de epidemias mentales: cada generación tiene la suya.

Sin duda lo que merece...

Esto induce a meditar y da una luz sobre la psicología de nuestro tiempo.

Vivimos actualmente bajo el imperio y aun podría afirmarse bajo la tiranía de la metáfora. Abrase cualquier libro de joven escritor, de los que llevan una bandera en las filas avanzadas, y con certidumbre, entre las páginas más realistas, junto a detalles crudísimos, brotará un enjambre de figuras cuyo al-teo corta el aire, impide ver la acción y no deja discernir el pensamiento.

Porque nos referimos a libros de prosa: los de poesía, ya se sabe, abominan la acción y carecen de pensamiento.

El hecho ocurre no sólo en los libros donde el autor, al fin, está en su casa y dispone de libertad; también pasa en los diarios con los artículos de crónica y hay redactores especializados en ese estilo. «El quien toma la lira delira» se aplica hoy a los menos esquivos periodistas cotidianos.

La epidemia cubre una amplia superficie.

Pues bien, ¿qué cosa es una metáfora, para qué sirve, por qué se la busca y cuál es la clase de placer que produce y la causa de ese placer?

Cuestiones considerables, largas de contestar.

Decir una cosa mediante una metáfora es decirla con otras palabras, de modo indirecto, a la vez aludiendo y eludiendo, quitándole algo y añadiéndole más, escamoteando por un lado la cosa misma y, por otro lado, enriqueciéndola, magnificándola y llenándola de resplandores.

Una operación muy curiosa que realizamos continuamente sin pensar. «La metáfora—dice Ortega y Gasset—es probablemente la potencia más fértil que el hombre posee. Su eficiencia llega a tocar los confines de la taumaturgia y parece un trabajo de creación que Dios se dejó olvidado dentro de una de sus criaturas, como el cirujano distraído se deja un instrumento en el vientre del operado». Añade que un psicólogo preguntándose (1926) cuál podía ser el origen de la metáfora, encontró, sorprendido, que una de sus raíces venía del espíritu «tabú». Existió una época dominada por el terror cósmico. Había que evitar ciertas realidades, no mirarlas ni nombrarlas, hacer como si no estuvieran ahí. Pero como no se podía evitar que estuvieran ahí y era preciso decir algo de ellas, se discurrió la metáfora, especie de manto recamado que se echa sobre una realidad menos hermosa o más temible.

La interpretación revela ingenio y puede conducir a otras; pero no explica el goce, la particular deleitación estética que una buena metáfora causa y por qué, bajo esa capa que debía ocultarla, vemos mejor, entendemos y apreciamos más la cosa misma.

En ello debe intervenir, a nuestro juicio, la actitud mental a que la metáfora obliga.

Una idea clara expresada claramente no impresiona, porque no hace trabajar la mente. Conviene, entonces, obscurecer-

la. Se repite el fenómeno del amor que Pedro Prado enunciaba en Karez-I-Roshan: «Mi amor era tan puro y transparente que tú no lo veías. ¿Qué hacer? me dije entonces. Y lo enturbié». Obscurecer una idea o una palabra clara parece un crimen. Lo es, lógicamente, científicamente; no, estéticamente. La metáfora, como el geroglífico, es una puerta cerrada; hay que detenerse ante ella para abrirla. Ese trabajo supone, desde luego, atención. Primera conquista. En seguida, una vez realizado, una vez obtenida la clave y adivinado el misterio, supone una satisfacción de la inteligencia por la obra personal que se ha hecho, por el triunfo obtenido. Segunda conquista. La mente se abre, rásgase la película de las asociaciones convenidas que la cubre, y entonces el pensamiento personal, que brota, al estado naciente, sensible, límpido, gusta con máxima plenitud el manjar ofrecido. Es la tercera conquista operada por la metáfora en nuestro interior.

Considerada exteriormente, su valor aparece no menos considerable.

La metáfora permite vislumbrar rápidamente las relaciones universales y entrever la misteriosa fraternidad que yace en el fondo de los seres y de las cosas. Se compone justamente de ese descubrimiento, el de las más lejanas, extrañas y sorprendentes semejanzas. Una metáfora vale más si es menos usual y previsible; como la rima rica que sueña mejor cuando es única. Por una serie de largas y complejas razones, Marcel Proust sostenía que la metáfora era lo único capaz de conferir al estilo «cierto carácter de eternidad».

Eso, debo confesarlo, no lo veo tan claro. Yo diría más bien que es el estilo desnudo, austero y directo el que presenta más caracteres inmortales. Por ejemplo la soberana rima de Bécquer, sin una sola imagen: «Cerraron sus ojos que aun tenía abiertos, taparon su cara con un blanco lienzo, y unos sollozando y otros en silencio, de la triste alcoba todos se salieron. La luz que un vaso ardía en el suelo...». A pesar de repetir-

se tanto en la memoria, todavía vive y palpita. Acaso ni el Romancero ofrece ejemplo de parecida austeridad: es, por sí sola, solemne.

Conviene de un modo particular recordarlo ahora, no en desmedro de la metáfora, que es divina y a través de la cual no acabaríamos nunca de internarnos, sino porque, a causa de su mismo atractivo por la especie de embriaguez que infunde, hay una tendencia a explotarla que puede considerarse como la epidemia o una de las epidemias mentales de nuestro tiempo.

Las cosas, en sí, no son buenas ni malas; todo está en la medida, el equilibrio, en la proporción con que las usan.

Y en la oportunidad.

Un joven autor nacional, Juan Godoy, ha publicado su segundo libro, «La Cifra Solitaria». Empezamos a leerlo con toda la buena voluntad que inspiran los jóvenes y los autores nacionales. Habla en prosa, con giros de la Mistral y reminiscencias de Neruda, sobre un callejón, un canónigo, unas ovejas, un molino y un matadero, un níspero gigante y su casa natal. Lo soportamos con paciencia hasta la tercera página. «Mas... ¿quién oficia en el molino, en esa catedral inmarcesible? Sus sacerdotes van todos vestidos de blanco, hilando el estambre de la vida. Miraos en el estómago de un maravilloso y rubio reloj de espigas. Allá abajo hay grandes dunas de trigo que unas dulces gárgolas rizan y acumulan». Aquí decimos terminantemente: ¡Basta! ¡Basta, majadero! No te estoy leyendo para que vengas a reírte arrojándome las figuras de tu caos mental. Quiero que me digas algo, que me cuentes algo y no que te desahogues de tus saciedades a mi costa...

Lo curioso es que este joven tiene muchísimo talento.

Efectos de la epidemia dominante.

Más allá, Juan Godoy, olvidado de su excesiva dolencia, sacudido de los poetas a la moda, ocúpase en lo que debe: en narrar. Narra muy bien. Narra aún con buenas, sólidas y opor-

tunas metáforas: «Allí, tendido, contempló muchas veces el vuelo de un águila remontándose hasta fundirse en el azul, o bajar, del seno de los cielos, en amplios giros vertiginosos, el ojo agudo, clavado en la tierra, abierto el resorte trepidante de sus alas, en marejadas de plumas, como si los espacios mismos se rasgaran. Y vió también cómo los hombres tienden al ave rapaz una celada; hunden unas estacas puntiagudas e inclinadas a la tierra y dejan cerca de ellas una pieza de caza menor. Y los campesinos esperan y esperan hasta que el águila, en vuelo rasante y vertiginoso, coge la presa y clava su pecho en las agudas estacas y gotea su corazón zahareño rojas gotas de sangre». Bello cuadro, escena descrita con ritmo vehemente, que palpita, se ve y deja clavado al final su agujón.

Le siguen las astucias del zorro cazador. Pasa largas horas haciéndose el muerto, tan inmóvil, echado en tierra, con paciencia obstinada, que los ratones brotan, se le acercan, trepan por su cuerpo y convencidos de que no respira, atrévense a mordisquearlo. ¡Ay de ellos entonces! Y el lagarto y la culebra...

Juan Godoy nació para contar.

Pero, como muchos otros, la epidemia metáforica amenaza cubrirlo y sofocar su temperamento de una pasta hermosa y juvenil.

Amemos la metáfora. Es rica, resonante, agranda el horizonte. Cultivémosla: permite decir muchas cosas que, de otra suerte, quedarían obscuras. Produce, además, placer por sí misma, por su potencia interior y propia. Es, en el fondo, la eterna fábula que nos vuelve niños, el soplo refrescante de la creación y la vuelta a las misteriosas relaciones del astro con la hormiga y el alma con Dios.

Busquemos su uso, pero temámosle a su abuso.

Es un haschich,

Las Condes, 6 de marzo de 1946.